

S. ANSELMO VERSOS SOBRE SU PREDECESOR LANFRANCO.

Lanfranco no asumió las riquezas ni los honores del arzobispado, sino las preocupaciones y los trabajos. Nacido en Italia, de la región de Pavía, de ciudadanos ilustres y condición honesta. Fue monje y prior de Bec, luego abad de Caen; después obispo primado y de Canterbury. Fue restaurador de toda la Iglesia de los ingleses, y asimismo auxiliador de los normandos. La mayor parte del mundo sintió su doctrina; y fue consuelo común para las viudas y el mundo, para los cojos, los contraídos, los leprosos, los poseídos, los sordos y los ciegos, así como para otros viciosos. Después de exhortar, no despreció llevar ayuda; sino que mientras vivió, fue esperanza y alivio para todos. Y aunque los banquetes con bebida deliciosa y las vestiduras fueron para él suaves y preciosas, sin embargo, él mismo estaba cubierto con el manto de la aspereza; viviendo siempre de alimento humilde y pobre. Verdadero cultivador de la justicia, no falso en el orden, fue el más recto y piadoso vengador de la maldad. Severo con los altivos, no suplicante por dádiva alguna, y en ningún momento doble con los inocentes y buenos. Casto, ayudaba a los incestuosos perdonando, justo, corregía a los injustos tolerando. Así, cuidando de otros, hacía la obra del pastor, así, conservándose a sí mismo, agradaba al Señor en todo. Este hombre tan sabio y fuerte en esta lucha, no pudo finalmente evadir los lazos de la muerte. ¡Oh, cuántos dolores encontraron entonces los miserables! ¡Y cuántos honores perdió el pueblo inglés! ¡Con qué gemido ora el clero, con qué llanto el monje! ¡Y cuán grande es el dolor con el que ambos sexos sufren! Si alguien confía en poder decirlo todo, yo le confirmo que no sabe decirlo todo. Y quien se juzga igual a Lanfranco, la presunción lo hace justamente digno de censura. Bajo el sol en el undécimo día del mes, se le pone el último límite de la vida feliz. Rey de reyes, Dios eterno y creador de las cosas, sé su defensor perpetuo y auxiliador. Virgen santísima, madre del Redentor del mundo, consévalo, para que el espíritu oscuro no lo aplaste. Todos los elegidos, ayuden con sus oraciones y méritos a Lanfranco, y únanlo a ustedes. También ustedes, que aún retienen la vida con gratitud, y tienen esperanza del futuro mientras sobrevivan, les exhorto y amonesto a que le ayuden, para que lo que hagan, lo reciban después de la muerte. Pues quien ora suplicante y diligente por él, trabaja suplicante y diligente por sí mismo. Amén.